LUIS PARÍS

ARLEQUÍN REY

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

RODOLFO LOTHAR

adaptado á la escena española



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1903

3

A mi querido amigo
Tomás Borrás

ARLEQUÍN REY

este recuerdo

[illegible]

ARLEQUÍN REY

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

POR

RODOLFO LOTHAR

ADAPTACIÓN Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

LUIS PARÍS



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1903

AL LECTOR

En mi último viaje á Alemania tuve ocasión de ver representar *König Harlekin*, el hermoso drama austriaco de Rodolfo Lothar; pensé inmediatamente en su traducción al español, pero apremios urgentes de otras tareas que me embargaban el tiempo, retrasaron el cumplimiento de este propósito.

Es, la presente, una de las obras dramáticas que más vivas polémicas han suscitado en Austria, en Alemania y en Italia. Prohibida en Viena por la censura, (que la autorizó después) el mismo día del ensayo general, en Turín, á la setenta representación, y puesta en escena más tarde con aplauso extraordinario y «millares» de veces en los principales teatros de Europa, ha sido traducida al francés, al italiano, al inglés, al húngaro, al polaco, etc. Todos los grandes actores, Krammer en Viena, Witti y Berti en Italia, Vojan en Praga, Wahl en Stokolmo, Krauss en París... se han complacido en vencer las enormes dificultades de su interpretación.

Valía, pues, la pena de vulgarizarla en España.

Estudié la obra con detenimiento en el original y al través de sus distintas traducciones y arreglos, y opté por la presente adaptación libre, que conservando toda la pureza de sus intentos satíricos, salva no pocas prolijidades monótonas, peculiares al teatro alemán.

Manteniendo todo el vigor dramático del acto cuarto, y muy de acuerdo con De Machiels, que borra así las se-

mejanzas de la obra original con *Hamlet,* he suprimido personajes accesorios y cambiado la disposición escénica del último acto.

Ninguna de estas alteraciones, atenta contra la estructura de la obra, ni contra sus elementos estéticos, ni contra su finalidad artística. Sólo he tratado de adaptar su representación á nuestra escena Juzgaría delito punible con severidad, todo otro arreglo ó traducción encaminada á *suavizar,* desnaturalizándola, una obra tan cabal y tan sólidamente imaginada.

Alguien creo que lo ha intentado en una capital de provincia, encontrando en la censura general, justo precio á su equivocación.

Cerradas las puertas del Español á las traducciones, reservada la breve temporada de la Comedia á producciones de diferente género, y alejados de Madrid otros elementos artísticos de gran valía que pudieran representar, libres de trabas y prejuicios, obras de esta índole; guardé el manuscrito (que fué leído á dos empresas de Madrid) durante todo el año pasado, y acaso lo guardaría eternamente si la excitación de cariñosos amigos y de eminentes actores,—que se proponen representarla en España y en América muy en breve— no me decidieran á publicar la obra verdaderamente deliciosa del ilustre crítico de *La nueva prensa libre* de Viena, que por tantos conceptos merece ser admirada en España.

Luis París.

Septiembre-1903.

PERSONAJES

LA REINA GERTRUDIS (ciega).
COLOMBINA.
LAURA.
ARLEQUÍN.
EL CANCILLER ALBERTO.
EL PRÍNCIPE JENARO.
CASANDRO.
SCAPINO.
ENZO.
UN CHAMBELÁN.
NOBLE 1.º
IDEM 2.º
UN CAPITÁN.
EL MÉDICO.
CAMPESINO 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
UN UGIER.

Heraldos de armas, un vendedor de vinos, un barquero, damas, magnates, nobles, caballeros, clerecía, soldados, pajes, burguesas y burgueses, campesinos, etc.

La acción en Italia en un reino imaginario.—Siglo XV

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Un salon en el palacio real. A la derecha, en primer término, puerta cubierta con tapiz. En segundo, y al fondo, una galería practicable que da al mar. A la izquierda, primer término, puerta como la de enfrente, también cubierta con tapiz. En segundo término, al fondo gran puerta de dos hojas que permite ver una enfilada de salones. Á la derecha, primer término, una mesa de mármol negro y un sitial El tono general de la decoración, sombrío; iluminado tan sólo por los reflejos del sol poniente sobre el mar.

ESCENA PRIMERA

LA REINA; EL CANCILLER ALBERTO. La Reina está sentada en el sitial. A su lado, en pie, Alberto

REINA ¿Qué ha dicho el médico?

CANC. Que el final está próximo; que volará su alma al ocaso del sol...

REINA ¿Quien le acompaña?

CANC. El médico y un sacerdote. Los gentiles-hombres rezan en la antecámara, y en los conventos y en las iglesias el clero.

REINA ¿Quién lo ha mandado?

CANC. Orden del rey.

REINA Su última orden... Al ocaso del sol... ¡El sol!... ¡quien pudiera ver!... ¿Está muy alto?

CANC. Sobre las olas del mar; parece que va á abrasarlas con su disco... (Pausa.)

REINA Y... ¿no me llama?

CANC. No.

REINA ¡Ni en su agonía!... Quiere morir odiando, como ha vivido... Ante el juicio final serán inútiles las oraciones de esos frailes que rezan de rodillas en abadías y monasterios... ¡Jamás, Dios desde su trono, podrá perdonarle sus pecados!... ¡Cómo debe temblar su alma tenebrosa, esperando la sentencia que le amenaza!.. (Murmurando lentamente) ¡Señor! ¡Señor! Desde el fondo de este abismo de lágrimas, á Vos me dirijo. ¡Señor! ¡Oidme! Que la luz divina le ilumine antes de morir... Descanse en paz. Así sea. (Pausa.) ¡No me llama!.. Hace diez años que me separó de su lado... Me he quedado ciega de tanto llorar por mi patria, por esta tierra en que nací y que él conquistó, apoderándose de ella como se apoderó de mí con su guantelete de hierro... Extraño para todos nosotros...

CANC. Es vuestro esposo. Es mi hermano... y va á morir...

REINA Ha sido un tirano, sin alma ni conciencia; culpable de todos los pecados, vicioso, corrompido hasta los tuétanos, roído por las malas acciones. Cuando su alma se presente á Dios estará cubierta de llagas.. No hay plegaria de sacerdote que pueda purificarla, ni perfumar tanta pestilencia... y ¡es el rey!.. el padre de mis hijos... Alberto ¿dónde está mi hijo?

CANC. El barco que le trae de Venecia llegará de un momento a otro. Todo está dispuesto y llega á tiempo. Los genoveses nos rodean; su ejército y el nuestro se amenazan á tiro de ballesta y si el príncipe Jenaro, no llegara hoy.. yo mismo tomaría el mando supremo y la batalla se dará al amanecer.

REINA ¡Jenaro! ¡Hijo de semejante rey! ¡Hechura digna de su alma y de su cuerpo! ¡Caín maldito!... fratricida y déspota... Asesino de mi pobre Juan, del gallardo niño, amor de mis amores, esperanza del reino por su valor y su ternura...

CANC. Señora... el tiempo lo borra todo... Además, el príncipe ha viajado mucho, lleva diez años modificando su educación .. En Salamanca estudió filosofía, en Roma aprendió diplomacia y en Venecia...

REINA Solo ha aprendido la lujuria, el vicio abyecto. Nada mas. Trampas de tahur y estocadas de espadachín. ¿Creeis que ignoro quién es, lo que ha hecho, de lo que es capaz? ¿No sabéis que he enviado espía tras espía, para darme cuenta de sus acciones, de sus menores gestos?

CANC. Nos trae socorros y ayuda poderosa... los venecianos han prometido ..

REINA ¿Quién lo ha dicho? ¿El?... Entonces no es cierto. No trae socorros, ni una galera ni un soldado... pero en cambio le acompañarán bufones y cortesanas, si tiene oro bastante para pagarles el viaje... Vuestra hija es su prometida... cara va á costarle la corona; conozco el precio... por ella sacrificaron mi vida.

CANC. Aquí estoy yo para impedir...

REINA Si, ya lo sé... siempre alerta... ya sé que os preocupa demasiado esa corona que brilla tan de cerca y como ya sois viejo os limitais á desearla para vuestra raza... Por eso, Laura es la prometida del príncipe... Si fueséis mas joven le habríais asesinado...

CANC. ¡Bah!... Olvidáis, señora, que el príncipe Enzo es por derecho, heredero del trono en caso de que el príncipe..

REINA ¿Enzo, heredero del trono? ¿Enzo, rey de mi patria?... ¿Dueño de sus destinos esa desgraciada criatura imbécil?... Ese pobre idiota sin luz en el cerebro, casi sin sangre en su enteco cuerpecillo... ¡Ah! la maldición de una madre cayó sobre la cabeza de Jenaro... pero al menos es un hombre.. no un remedo de la naturaleza. ¡No! ¡Enzo, no! Nunca. Todo antes. (Pausa.) ¿En qué punto de su carrera está el sol?

CANC. Próximo á desaparecer bajo el mar... ¡Ah! y allí, junto al promontorio, el príncipe que

llega... Veo el pabellón de púrpura que ondea en el palo mayor...

REINA ¿Y las galeras venecianas?

CANC. No veo nada... Viene sólo.

REINA Id á su encuentro... Decidle...

CANC. Le diré dónde están los genoves. No hay tiempo para más.

ESCENA II

DICHOS y el MÉDICO, por la izquierda

MÉD. Majestad ..

REINA ¿Quién habla?

MÉD. Soy yo señora, el médico .. Vuestro muy noble esposo me envía...

REINA ¡Por fin me llama!

MÉD. Os ruega que vayais. Solo á vos quiere confesar sus culpas para que roguéis por él. . Así dijo.

REINA (Al Médico.) El brazo. (Alberto sale por la derecha primer término. La Reina apoyándose en el Médico por la izquierda.)

ESCENA III

LAURA y ENZO. La escena permanece sola un momento iluminada por la escasa luz rojiza del crepúsculo vespertino. Lentamente y vacilando, Laura y Enzo entran por la puerta grande foro izquierda

ENZO Tiemblo... Dicen que puede morir de un momento á otro.

LAURA ¿Y por qué tiemblas?

ENZO Porque ahí está la muerte escondida, acechando... La muerte ha penetrado en el castillo y por eso tiemblo de miedo.

LAURA ¿Qué te importa la muerte?

ENZO Se apodera de quien piensa en ella y ya ves... ¡Si la encontrásemos! ¡Si nos rozara con su blanco manto...! ¿Creés que pasará por aquí para buscar al rey, ó llegará por el mar?

LAURA ¡Tontito! Está á la cabecera del rey hace ya mucho tiempo.

ENZO ¡Oh! no entraría yo en esa cámara por nada del mundo.

LAURA Calla... Acabarás por asustarme también... Dame un beso como ayer y riamos...

ENZO No, hoy no puedo besarte; mis labios están fríos. (Pausa.) ¿No estás contenta al saber que vuelve el príncipe, tu prometido?... Mañana será rey y tú reina.

LAURA A menos que no le maten los genoveses y si le matan... me casaré contigo.

ENZO Y entonces ¡qué alegría!... Escucha... ¿no oyes?

LAURA Sí... rezan.

ENZO Dame un beso.

LAURA Ten juicio. Déjame.

ENZO Siempre me dices lo mismo... ¿quieres que sea tu esclavo?... ¿Por qué?

LAURA Porque he nacido para reina.

ENZO Hace un instante me pedías un beso y ahora...

LAURA Ahora, amor mío, pasó el deseo. ¿Oyes? Ahí están... ya viene.

ENZO (Como un niño temeroso.) Vámonos de aquí.

LAURA No, no, aguardemos.

ESCENA IV

DICHOS, JENARO, ALBERTO por la puerta grande, foro izquierda, detrás COLOMBINA, ARLEQUÍN, CASANDRO y SCAPINO seguidos de pajes que conducen varios envoltorios

JEN. No me habléis de guerras, ni de asuntos de Estado. Me cansó la travesía y traigo un humor perverso. (Saludando á Laura con un ligero movimiento de cabeza.) Salve, ilustre prometida. (Laura corresponde con una profunda reverencia á Enzo. A Enzo.) ¡Hola, primo!

CANC. ¡Príncipe! Los genoveses rodean la ciudad.

JEN. Dejadles donde están y á mí en paz. Mañana tendremos tiempo para hablar de ellos... Quiero ver á mi padre.

CANC. Ahora es imposible... Está muy enfermo y hablando en secreto con la reina.

JEN. ¡Quiero verle!

CANC. Después le veréis. ¿Quiénes son esos personajes?

JEN. Gente encargada de divertirme. Mis histriones. Siervos de mi capricho, que vivirán conmigo.. Señor Canciller, ¡ya os he dicho tres veces que quiero ver á mi padre! Id y pedirle su venia. Decidle que he llegado.

CANC. Pero... (Jenaro, con un gesto altanero y amenazador, le obliga) (Alberto al pasar á Laura:) Fiero viene el cachorro.

LAURA Ya le amansaremos, padre mio. (Mutis de Alberto.)

ESCENA V

DICHOS menos ALBERTO

JEN. ¡Buena acogida por mi fe!... ¡Tengo hambre.. sed!

LAURA Corro á serviros. (Sale.)

JEN. Cuando sea rey, mandaré construir un nuevo palacio alegre y rico. Este es tristón, frío y pobre. (Contemplando el mar.) ¡Cómo saltan las olas sobre las rocas! ¡Buen despeñadero! Arlequín, si algún día me molestas, por ahí irás de cabeza.... Ven, Enzo, mira. ¿No puedes? ¿Te da vértigo? Yo en cambio me atrevo á contemplar sereno los abismos del infierno.. Ya ves, no tengo miedo ni de ver á mi padre. (Ríe.)

ARL. (Contemplando el mar.) ¡Qué hermoso!

LAURA (Entrando con una bandeja de oro contentendo frutas y vino.) ¡Principe dignaos aceptar.

JEN. ¿Nadie me acompaña? Arlequín... bebe.

ARL. Salud á mi noble amo. (Bebe.)

LAURA ¿Quienes son esos?

JEN. Voy á presentártelos. ¡Hola! Acercaos. He aquí el ser más insolente de los que hayan cubierto en este mundo su rostro con la máscara de Arlequín, pero sus impertinen-

cias me hacen reir; aprisioné sus bromas, como un domador á una bestia feroz. Este es Casandro el doctor, ó Pantalón, según los casos; cree en la bondad humana, en la fe jurada y perdona siempre los agravios .. no hay nada más divertido Este otro es Scapino, que imita á los lacayos, y por último Colombina... ¡Mis comediantes favoritos! ¡Compañía extraordinaria! Cuando quiero reir, hacen gracias; cuando me aburro, paso el tiempo con ellos; cuando tengo mal humor les muelo el cuerpo á palos... menos á Colombina, por supuesto, y cuando estoy contento comen lo que sobra en mi mesa.

LAURA Flacos y desmedrados están esos bufones... Preciso es que vuestras comidas sean muy sobrias ó qûe estéis alegre rara vez, noble príncipe.

JEN. ¡Bah! Cuando hacen comedias se ponen vientre postizo y se pintan con rojo las mejillas... El amo que alimenta bien á sus criados solo engorda enemigos.

LAURA Una vez ví, delante del castillo, á unos pícaros de estos hacer sus ejercicios, tragaban fuego, andaban con la cabeza abajo y los pies arriba y bailaban en una cuerda...

ESCENA VI

DICHOS y el CANCILLER ALBERTO; detrás de él un Paje con un candelabro con los cirios encendidos. Anochece

CANC. (Interrumpiendo á Laura.) Príncipe, el rey, vuestro padre, comulga en este momento. Nadie debe penetrar en la cámara real. Se os llamará cuando pueda recibiros. (Avanzando rápidamente) Entretanto es preciso que hablemos. Urge.

JEN. ¡Ya os he dicho que no quiero! ¿Venís otra vez á marearme con la historia de los genoveses? No quiero saber nada ni pensar en nada... para mí como si no existieran.

CANC. Pero á pesar de todo, están ahí; nos amena-

zan de cerca y cada instante que se pierde puede costaros el imperio.

JEN. ¿Y después, qué? En una sola noche he perdido, sin parpadear más que vale este reino... Dejadles que vengan y los recibiré como Sardanápalo. Yo mismo pondré fuego al castillo y ese será famoso blandón para los funerales de mi padre.

CANC. ¡Príncipe! tales bromas en esta situación...

JEN. He aprendido á atravesar en broma las peores horas de mi vida... Convengamos que aquí no me aguarda nada que me divierta. Mi padre se muere; los genoveses nos atacan enfurecidos; el castillo silencioso y lúgubre; todos vosotros con caras tétricas. Yo no sé poner cara de circunstancias. Los genoveses dejarán para mañana sus embestidas, además los conozco bien; tienen menos ganas que yo de pelear. He resuelto dormir esta noche borracho, y mañana, después de oir misa, marcharé á su encuentro en nombre del diablo. Así, pues, mi querido señor y tío, podéis retiraros cuando gustéis, yo esperaré aquí hasta que mi padre me llame y mientras Arlequín me acompañará.

CANC. Deseo, príncipe, que los genoveses lleguen esta noche.

LAURA (A su padre.) ¡Dios te oiga, padre mío!

JEN. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! (Salen Laura, Alberto y Enzo.)

ESCENA VII

COLOMBINA, JENARO, ARLEQUÍN, CASANDRO y SCAPINO

JEN. Casandro y tú, Scapino, id de mi parte en busca del intendente y decidle que estais aquí por orden mía. Que os designe alojamiento; no os necesito por hoy. (Mutis de Casandro y Scapino.) En cuanto á vosotros, quedaos conmigo; representad algo ardiente, apasionado, que exalte mis nervios y aguijonee mis sentidos. Me oprime todo esto que

me rodea. ¿Traéis lo necesario? ¿se quedó algo á bordo? ¿los trajes, el colorete, las barbas, las pelucas? en una palabra, ¿todo vuestro equipo grotesco?

ARL. Sí, señor; aquí está todo.

JEN. (*Señalando á la derecha en el ángulo de la galería.*) Por hoy, ahí tenéis vuestro tocador. (*Colombina empieza á transportar cestas, cajas y envoltorios.*)

ESCENA VIII

JENARO y ARLEQUÍN

JEN. (*Bajando la voz y acercándose á Arlequín.*) ¿Tienes todo lo necesario para tu singularísimo papel? Porque aquí seguiremos como en Venecia ¿eh? Debo confesar que eres perfecto en el arte de imitarme... Andas como yo.. los mismos gestos; igual modo de hablar... Sólo tienes necesidad de pintarte mucho para ser tan hermoso como yo... pero es lo cierto que cuando te veo á mi lado ante un espejo, llego á dudar quién eres tú y quién soy yo... Reanudaremos nuestras alegres aventuras... Tú tendiendo las redes de tu astucia á las más hermosas de la ciudad, yo recogiendo los frutos de tus enredijos... y si hay golpes que recibir de maridos irritados y padres ofendidos—ya sabes—que es cuenta tuya el honor de dejarte sacudir en nombre de tu amo... ¿no es así?

ARL. Esa es mi mayor felicidad.

JEN. ¿Te burlas?

ARL. Preguntais y respondo.

JEN. (*Dándole á besar la mano.*) Por supuesto, absoluto secreto, como siempre y para todos... si algo se descubre... ya sabes tu destino. (*Señalando al mar.*) Este túnico me abruma... voy á cambiarme de ropa... entre tanto dispón con Colombina algo para entretenerme. (*Sale por la derecha primer término.*)

ESCENA IX

COLOMBINA y ARLEQUÍN

ARL. (Yendo al encuentro de Colombina.) ¡Si fueses la querida de ese miserable perro sarnoso!..

COL. Me repugna más que á tí...

ARL. Si te agradase no me lo dirías... Mañana será rey y... ser su querida...

COL. ¿Porqué había de negártelo? ¿Soy tu amante?

ARL. ¿Y por qué no me quieres?

COL. Soy fiel compañera tuya como Casandro, como Scapino.

ARL. No quiero tu amistad... quiero tu amor.

COL. Pero, ¿quién eres tú para que yo te ame?

ARL. ¿Yo?... soy yo.. Arlequín.

COL. ¡El miserable lacayo de un amo indigno, el lazarillo de sus placeres ciegos y sus caprichos torpes? Tu insolencia te sirve de careta y nadie te conoce. ¿Quién eres? Imitas á todos los personajes con tal habilidad, que cualquier rostro parece el tuyo... ¿Cuál es tu verdadero papel? Porque hasta ahora sólo te he visto representar farsas... ¿En nombre de quién me pides cariño?

ARL. ¿Quién soy? ¿Lo sé yo acaso? ¿Quién posee el privilegio de conocerse? ¿Cuál es el hombre que no finge y que puede decir: «Yo, soy yo mismo»? Sólo Dios.

COL. Por eso el amor de los hombres hace sufrir.

ARL. ¿Quién soy? Á veces me creo rey, de tal modo me siento grande, poderoso, magnífico. A veces me creo un miserable mendigo. Una vez fuí soldado—hace ya mucho tiempo,—la espada me hubiera llevado lejos, pero no pude acostumbrarme á vestir siempre la misma librea. Otra vez—apenas me acuerdo—fuí en Pádua estudiante de teología, pero me fué imposible discutir con frialdad las pasiones humanas y preferí lanzarme de cabeza en cada una de ellas para co-

nocer mejor la vida. ¡La vida! Ola de lavas cuyo cráter es el corazón... La vida no consiste en lo que hemos sido ni en lo que somos, sino en lo que sentimos. Buscar la forma de expresar mis sentimientos, verter mi alma en vasos diferentes, renovarme, ser otro hombre cada día, tal es el sentido de mi vida. He ahí mi arte. ¡Soy un creador! ¿No es eso divino? Pero en tu presencia desaparece toda esa fuerza maravillosa... Quisiera extraer lo mejor y lo más puro de mí mismo para ofrecértelo, y ante tí mi habilidad se anula y mis artes se aniquilan.

COL. Porque son artes

ARL. Solo eso puedo ofrecerte. Mentiría quien te dijese que se te entregaba... que no es posible ofrecer agua sin alargar al mismo tiempo el vaso que la contiene, y el vaso que guarda el alma es obra de nuestra propia arte, común y grosero en unos, noble y precioso en otros.

COL. Desgraciadamente solo brindas con el vaso...

ARL. ¿No crees en mi amor?

COL. Creo en tu amor, pero no en tí. Si te creyera, viviría soñando, olvidándolo todo para oirte, juntando las manos, así, como para rezar, cuando te hablase... y ya ves, estoy despierta y me río de tus agudezas y te estimo. Te profeso amistad, admiración acaso... ¿pero amor?... no.

ARL. (Arrodillándose.) Entonces, durante el largo tiempo en que errantes por el mundo hemos estado juntos, interpreté mal tu alegría cuando yo era dichoso, tus cuidados cuando estaba enfermo, tus lágrimas cuando yo estaba triste...

COL. ¿Y eso es el amor? No. El amor ha de ser algo muy diferente que sobrepuje la alegría, los temores y las lágrimas... todas las miserias terrenas. Yo me figuro el amor terrible, insensato. ¡Si yo te amase, enloquecería, y quién sabe de lo que sería capaz!

ARL. ¿Quieres saberlo? Serías capaz ¡alma de mi alma! de enlazar, así, tus brazos alrededor

de mi cuello... (Uniendo la acción á la palabra) Colombina... ¿No me amarás nunca?

COL. No sé... ¿quién posee el privilegio de conocerse?... Son tus mismas palabras... ¿quién puede leer en lo porvenir?...

ESCENA X

DICHOS y JENARO, con un traje ligero, sin más armas que un puñal en la cintura. Entra sin ser visto

JEN. ¡Bravo!

COL. ¡El príncipe!

ARL. (¡Maldito!...) (Levantándose.)

JEN. ¿Estais ensayando? ¿Vais á representar una una escena de amor? Me gustan mucho, sobre todo cuando yo soy el protagonista. Colombina, eres encantadora... regalo digno de un rey... ¡Ea! ya ves, improviso como cualquir comediante, con la diferencia de que esta noche no me voy á contentar con recitar mi nuevo papel. (Bebe un vaso de vino.) Arlequín, vete... Me estorbas. (Volviéndole la espalda y acercándose á Colombina.) No sé por qué, acaso porque en este castillo todo me turba y me agita, hoy me gustas infinitamente... Me incita tu hermosura y quiero que representemos juntos esa escena de amor. (Al ver que Arlequín continúa inmóvil.) ¿Pero qué haces ahí? ¿No me has oído? ¿Quieres que te eche á latigazos? ¡Vete!

ARL. (Con sorda voz.) ¿Qué queréis hacer?

JEN. ¡Cómo! ¡Tengo que darte cuentas... menguado! ¡Te has vuelto loco! Pero voy á castigarte respondiendo. Pretendo divertirme con Colombina, recrearme con sus encantos, rebajarme hasta desatar los cordones de su justillo y olvidar, porque ese es mi capricho por un instante, mi grandeza tratándola de igual á igual.. (Riendo) y... ya comprenderás que no necesito espectadores.

ARL. Comprendo. Ven, Colombina. (La coge por la mano.)

JEN. ¡Miserable! (Se lanza sobre Colombina.)

ARL. (Interponiéndose.) ¡Atrás!

JEN. (Furioso.) ¿Te atreves?

ARL. (Sereno.) Me atrevo. (Jenaro desenvainando el puñal se precipita sobre Arlequín.)

COL. ¡Socorro!... ¡socorro! (Después de recorrer la galería sale corriendo por el foro izquierda. Jenaro y Arlequín luchan. Arlequín sujetando la mano armada de Jenaro paraliza sus esfuerzos; al buscar un punto de apoyo sobre la mesa tropieza. En este instante Jenaro logra desasirse y va á herirle. Arlequín, con rápido movimiento, esquiva la puñalada y al verse perdido con súbita idea coge el candelabro y de un golpe en el cráneo de Jenaro le derriba.)

ARL. ¡Bestia inmunda! (Contemplándole.)

COL. (Dentro.) ¡Socorro! ¡socorro!

ARL. (Estremeciéndose al oirla.) ¿Qué he hecho? ¡Dios mío! Muerto á mis manos... ¡Estoy perdido! ¡Y Colombina pidiendo socorro á gritos!... ¡Oh, me descubrirán! (Pequeña pausa. Después, como iluminado por súbita inspiración.) ¡Ah! ¡sí... sí! (Arrastrando el cadáver lo conduce hasta la galería que da al mar. En este momento la campana grande del castillo empieza a doblar lentamente (sonido muy grave) siguiendo así hasta que caiga el telón.) El hijo con el padre (Arroja el cadáver al mar.) y ahora... ¡qué locura! (Se oculta rápidamente en el ángulo en que Colombina entró para dejar sus equipajes.)

ESCENA XI

COLOMBINA, ALBERTO, un CHAMBELAN, un CAPITAN. el MÉDICO, ARLEQUÍN, Soldados, Pajes, Nobles. Gran pausa. La escena completamente obscura. Las estrellas lucen en el cielo. La campana sigue doblando. De pronto ruido de voces lejanas por distintas partes. En seguida empieza á sonar la campana de alarma. Otras más lejanas la secundan, sin que por eso se interrumpan los tañidos de la grande. —Efecto musical muy delicado.—Algunos Nobles y Soldados atraviesan la escena corriendo en diversas direcciones. Resuena un gran clamor. Silencio después. Ruido de armas lejano y voces también muy lejanas

VOCES ¡Al arma! ¡al arma!... ¡los genoveses!... ¡los genoveses! (Nuevo silencio.)

VOZ (*Dentro.*) ¡El rey ha muerto! (*Entran al mismo tiempo un Chambelán seguido de los Nobles 1.° y 2.°, acompañamiento de Magnates y pajes con cirios encendidos, por el foro izquierda.*)

CHAM. Ha muerto en brazos de la Reina. (*Ruido de armas lejano.*)

CAP. ¿Y el príncipe Jenaro?

VOCES (*Dentro lejanas.*) ¡Los genoveses! ¡Al arma!

COL. (*Dentro.*) ¡Socorro! ¡socorro! (*Por la puerta primer término izquierda precedida de dos pajes con cirios encendidos; entran Alberto y el Médico; síguenles Pajes con más luces y uno que lleva en un almohadón un casco y una espada desnuda.*)

MÉD. (*Con solemnidad.*) Señores, rogad á Dios por el alma del rey. ¡El rey ha muerto! (*Algunos se arrodillan.*)

CANC. (*Desenvainando la espada.*) ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

TODOS (*Blandiendo sus espadas.*) ¡Viva!

CANC. ¿Y el príncipe? (*Arlequín separando los tapices del ángulo de la galería en donde se había escondido, aparece con un traje igual al de Jenaro, peluca, etc. Todo igual y perfectamente idéntico. Toques de trompetas dentro.*)

ARL. Héme aquí.

CANC ¡Señor, los genoveses han asaltado el arrabal!... Vuestro padre ha muerto... Sois rey.

COL. (*Que ha entrado arrastrándose á los pies de Arlequín.*) ¿Y Arlequín?

ARL. (*Sin mirarla.*) Le maté. (*Colombina cae sin sentido.*)

CANC. (*Cogiéndolos del almohadón y dándoselos á Arlequín.*) Vuestro casco... vuestra espada.

ARL. (*Ciñéndose el casco y blandiendo la espada.*) Vamos, señores... ¡A vencer ó á morir! (*Prolongados toques de trompetas y gran clamor.—Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una plaza pública. Al fondo el mar cubierto de barcos empavesados y al que se baja por una gradería de mármoles. En el centro de la escena un gran árbol, debajo un banco de piedra cubierto de almohadones de púrpura y ricas telas. A la izquierda, un palacio; columnatas y graderías. A la derecha, fachada de ingreso de la Catedral: algunos escalones conducen al atrio cuya doble puerta está cerrada. Rico tapiz extendido desde el palacio á la Catedral. Un gran toldo de púrpura cubre el espacio. Sol radiante.

ESCENA PRIMERA

UN CHAMBELAN, NOBLE 1.°, NOBLE 2.° y el CAPITÁN. Al levantarse el telón, el Chambelan y los Nobles, apoyados sobre la balustrada de la izquierda en pintoresco grupo, beben y conversan. Un vendedor ambulante y Pajes les sirven

NOB. 1.° (Al Capitán que se acerca.) ¡Capitán, á mis brazos!

NOB. 2.° ¡Salud á los valientes!

CHAM. ¡Honor á los vencedores de Aliscamp!

CAP. Gracias, amigos. La batalla fué dura, pero heme aquí entre vosotros con la piel entera y con una jornada de gloria que contar á mis nietos cuando... los tenga...

NOB. 1.° ¿Queréis Chipre?

CAP. Soy más modesto; venga Chianti.

NOB. 1.° ¡A vuestra gloria!

CAP. A la del rey. (Beben.)

CHAM. Si os referís al príncipe Jenaro todavía no es rey. (Mutis de los Pajes y del vendedor.)

CAP. Lo será en breve. Aquí mismo, bajo ese árbol, símbolo de nuestras libertades, lo habrá de coronar la reina ante al pueblo y con sus propias manos, antes del medio día.

NOB. 2.º Vedlo ya todo preparado.

CHAM. Sin embargo. Pudiera ocurrir algo imprevisto... que cambiara los destinos del reino.

CAP. No comprendo...

CHAM Vosotros los hombres de guerra, solo entendeis de dar cuchilladas y ballestazos, pero los asuntos de estado son muy escabrosos de abordar y más aún de resolver.

CAP. ¿Pero qué ocurre? Decidlo de una vez.

NOB. 1.º Sí, sepamos.. Vos, mejor que nadie...

CHAM. Más bajo... Si me oyesen... Se murmura en palacio que la Reina no se atreve á coronar á Jenaro.

CAP. ¿Pues no es su hijo?

CHAM. ¿Olvidáis, sin duda, que el príncipe asesinó á su hermano Juan vilmente?

CAP. ¡Señor Chambelan! ¡Esas palabras!...

NOB. 1.º Yo las afirmo; el príncipe Juan dormía cuando su hermano le cosió á puñaladas.

NOB. 2.º Así fué... Seguid.

CHAM Se dice que la Reina, por no ser cómplice de aquel asesinato coronando á Jenaro que mató a su hermano para usurpar el trono y atenta sólo al bien de la patria, que es su único anhelo. convocará á los grandes del reino para que ellos elijan libremente.

CAP. Si es así, la Reina tiene razón.

NOB. 2.º Noble Reina.

NOB. 1.º Decid mejor, ¡pobre madre!

CAP Temo que el vencedor de Aliscamp, no se acomode á ese arreglo. Su osadía y su arrojo le aseguran la corona. Es un valiente.

NOB. 1.º ¿Un valiente?

CAP. Si le hubieráis visto como yo, cargar sobre los genoveses á la cabeza de nuestros escuadrones, no dudaríais

NOB. 2.º Y Enzo, ¿no tiene derecho?...

CHAM. Es el heredero legítimo después de Jenaro...

pero la Reina jamás le otorgará la corona porque es un desdichado que solo podría reinar en el santo hospicio de orates de la ciudad...

NOB. 1.º Cierto, pero es sobrino del Canciller Alberto y basta.

CHAM Silencio, silencio. Hay espías hasta en el aire que respiramos...

NOB. 1.º Soy tan noble como él y no le temo, y juro que si la Reina nuestra señora, se decide con un arranque de su alma generosa á negar la corona á Jenaro, toda la nobleza del reino la amparará en su derecho, cueste lo que cueste.

CAP. Y nosotros.

VOCES (Dentro.) ¡Viva la Reina!

CHAM. Ahí llega. Separémonos antes de que nos vean juntos.

CAP. ¿Tenéis miedo?

CHAM. Tengo prudencia (Hacen mutis.)

ESCENA II

LA REINA, de luto riguroso; el CANCILLER ALBERTO, armado de punta en blanco, precedidos de dos Pajes y dos Damas que entran en la Catedral

REINA ¿Ois? ¡Qué generosos! Con sus vítores me perdonan que sea madre de tal hijo.

CANC. Que es el vencedor de los genoveses.

REINA Voy á dar gracias á Dios por la victoria y voy á pedirle fuerzas para resolver... pero después, Alberto, después, cuando vuelva de la catedral me refugiaré en el convento de Carmelitas, y allí acabaré mis días haciendo penitencia por haberme decidido en favor de mi hijo, contra los intereses de mi patria.

CANC. Decid mejor que os habéis decidido á cumplir vuestro deber.

REINA ¿Mi deber? ¡Que Dios me ilumine indicándome cuál es! Sin eso pudiera dar al mundo terrible ejemplo del deber materno. Mi

hijo me pertenece; yo le engendré; su vida es mía.

CANC. Os engañáis, señora. La ley...

REINA La ley es obra humana; la naturaleza es de Dios y ¿Dios quiere que mis manos consagren á un fratricida que inmolará esta patria adorada como inmoló á su hermano?... No. En mi corazón no hay ni un vestigio de amor para el perverso que he de coronar bendiciéndole ante el pueblo.

CANC. Os exaltáis, señora... Tranquilizaos.

REINA Hace diez años que no le veo, que no le oigo y tiemblo pensando en el momento en que oiga su voz ¡Qué madre tan desventurada! Si fuese hombre, si yo fuera su padre, le aplastaría con la corona misma... ¿No se debe pisotear las víboras? ¡Mi hijo!... ¡mi hijo! ¡Caín! Más vale que Dios me haya dejado ciega para no verle nunca...

CANC. Calma, señora... Vamos.

REINA Por vuestra hija, por lo que más ameis en este mundo, ahorradme esa odiosa profanación, dejadme marchar al Convento, llamad á los grandes del reino y que ellos decidan. . lo ruego. . de rodillas.

CANC. (Conteniéndola.) Señora... Es imposible. Las leyes del Imperio así lo ordenan... Además, no se puede privar al pueblo del espectáculo de la coronación bajo el árbol real...

REINA ¿Espectáculo?... Somos miserables comediantes... ¡y qué espectáculo!... ¡la agonía del martirio y la exaltación del delito! ¡Dios mío!... Vámonos. Vamos. Llevadme al pie de la Santa Madona. ¡Sólo ella puede compadecerme! ¡Yo también llevo un muerto en brazos!... (Entra en la Catedral sostenida por el Canciller Alberto.)

ESCENA III

COLOMBINA, CASANDRO y SCAPINO, por el foro

COL Por aquí se baja al puerto... Quiero partir en seguida.

CAS. También nosotros: pero será imposible. Estamos al servicio del príncipe y necesitamos su licencia.

COL. ¿Licencia del asesino de Arlequín?

CAS. Calla, calla, ¿quieres que nos ahorquen?

COL Si no me llevais con vosotros, buscaré al príncipe y...

CAS. ¿Le exigirás que resucite á tu amante?...

COL Arlequín no fué mi amante.

SCAP. Pero, ¿le amabas?

COL. Antes no... ¡Ahora, con locura!

SCAP. A buena hora. Así amáis las mujeres: ó demasiado pronto ó demasiado tarde. Siempre á destiempo. ¡Pobre Arlequín! ¿para que puede servirle ya tu cariño?

COL. ¡Quién sabe!... Vé, Casandro, vé, busca una barca, cualquier cosa para huir de aquí. (Pensativa. Casandro hace mutis por el puerto. Pausa.) Acaso mi amor... no sea tardío ni estéril...

SCAP. ¿Qué quieres decir? ¿Qué piensas?

COL. (Con resolución.) Vengarle... ¡oh! no sé como ,pero le vengaré!

SCAP. Estas loca...

COL. Creo que sí... Pero le vengaré. ¿No soy mujer? ¿No soy hermosa? Cuando una mujer quiere, no hay hombre capaz de resistirla... Cuando oigas hablar de criaturas vencidas en la batalla de la vida se trata de hombres... Las mujeres son eternamente victoriosas.

SCAP. Deliras... partamos.

COL. Yo no. Me quedo.

SCAP. Pues antes no querías...

COL. Quería... ya no quiero. (Pausa.)

SCAP. ¿En que puedo ayudarte?...

COL. Dejándome seguir mi camino... y no diciéndole ni una palabra al buen Casandro.

¿Comprendes? ni una palabra... y ahora separémonos; tú por allí, yo por aquí. Adiós.

SCAP. ¡Oh... te envidio! (Mutis de ambos.)

ESCENA IV

ARLEQUÍN, con rico traje y armadura magnífica, por la izquierda. El CANCILLER ALBERTO, por la Catedral

ARL. Os buscaba; ¿y la reina?

CANC. Rezando.

ARL. ¿Dónde la veré?

CANC. Aquí, bajo la sombra de este árbol, en donde vuestro padre, con mano fuerte, se ciñó él mismo la corona.

ARL. Y mi... pobre madre... ¿Está completamente ciega? ¿Ninguna luz penetra en el fondo de sus pupilas?

CANC. Sólo la noche eterna.. pero, ¿qué tenéis, príncipe?

ARL. Nada... la emoción ..

CANC. ¿Emoción?... ¡Vos!

ARL. Por primera vez sentí...

CANC. Que sea la última. Hacen falta hombres de granito. Vuestro padre fué el más fuerte de estas tierras y por eso conquistó el reino. Lo estrujaba todo entre sus manos, llevando siempre detrás al verdugo, que nunca estuvo ocioso. Así logró estirpar el espíritu de rebelión... Vuestro padre oía desde lejos el menor ruido, cualquier palabra hostil y hasta que todo estuvo tranquilo, silencioso, como un cementerio, no descansó sobre su trono.. Hoy subís sus gradas; abrid bien los ojos y aguzad el oído, con la mano siempre sobre la empuñadura de la espada. No salgáis jamás sin una cota de malla bien disimulada; no os aventuréis sólo nunca y matad cien inocentes antes que dejéis escapar un sólo culpable... Sois el dueño de la vida de vuestros súbditos y no olvidéis que un muerto no estorba jamás y un vivo siempre es de temer.

ARL. Ya lo sé... ya lo sé. (Pensativo.)

CANC. Siempre, perpetuamente estaré á vuestro lado. Vos reinaréis mientras yo velo. Hace mucho tiempo que faltáis de aquí, mi hermano estaba enfermo, la reina ciega... sólo yo conozco el país y sé adónde debe dirigirse el pensamiento real que yo poseo.

ARL. ¿Y cuál es... el pensamiento real?

CANC. Sobre vuestro escudo, sobre el nuestro, se ha esculpido el mote «La fuerza es mi derecho.»

ARL. Y armado por la fuerza soy el rey.

CANC. Sedlo. Y en ese mote fúndese toda vuestra única sabiduría... (Toques de trompeta dentro.) Los grandes se reunen para acompañaros á la catedral. Mi hija desea presentar sus homenajes á su ilustre prometido... Permitidme, señor...

ARL. Podéis marchar. (Mutis de Alberto.)

ESCENA V

ARLEQUÍN, CASANDRO. Arlequín permanece pensativo apoyado en la balustrada hasta que ve en el fondo á Casandro discutiendo con el barquero

CAS. Cuatro ducados por la travesía es mucho.. pero de todos modos espera y ten todo dispuesto. (Mutis del barquero.)

ARL. ¡Casandro!

CAS. Señor.

ARL. Acércate sin miedo. ¿Qué discutías con ese hombre?

CAS. El precio de la travesía.

ARL. ¿Queréis partir?... No te aconsejo que abandones mi casa contra mi voluntad. (Casandro se inclina, y deseoso de retirarse se dirige á la izquierda.) ¡Espera! Ven aquí. Tengo que hablarte. Dime, ¿querías mucho á Arlequín?

CAS. ¡Oh! Sí.

ARL. Pues espero que tu fidelidad no disminuya con su muerte... porque también á tí... puedo matarte...

CAS. Hacedlo, señor.

ARL. ¡Bah! He resuelto que seas mi criado de confianza; pero antes has de jurarme obediencia ciega. (*Le coge violentamente.*) ¡Jura por tu amistad á Arlequín que nunca me harás traición, nunca! ¿Vacilas? Repite conmigo: «por la salvación del alma de mi amigo muerto.» ¡Repite!

CAS. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Matadme, matadme, pero yo no puedo jurar eso!

ARL. (*Dominándose á duras penas.*) ¡Fiel amigo, yo no quiero tu muerte! Levántate. (*Cogiéndole por ambas manos y estrechándole con su pecho.*) Oye un secreto que lleva consigo la muerte... Un secreto que guardarás de todos, de Colombina, de Scapino... ¡Acércate! ¡más aun! mírame... á los ojos... ¡así!

CAS. ¡Gran Dios!

ARL. No es un fantasma quien te abraza.. ¡soy yo! ¡Arlequín!

CAS. ¡Sueño!

ARL. ¿No reconoces mi voz... los latidos de mi corazón?

CAS. Arlequín yace en el fondo del mar asesinado...

ARL. No. Fué el príncipe, y yo estoy vivo ¡y con qué vida! ¡Me siento vivir cien veces!

CAS. ¡Qué prodigio!... Cuenta...

ARL. No sé bien cómo fué. Todo está aún confuso alrededor mío... Cuando ví al principe derribado en tierra sentí por primera vez el espanto. Adiviné las tenazas enrojecidas de la tortura que desgarraban mis entrañas poco á poco en pedazos sangrientos... En aquel momento supremo comprendí que mi vida sólo pendía de un hilo... y me así de él... ¿Sabes tú cuáles eran los oficios secretos que me encomendaba el príncipe? Pues yo era su otro-yo; su contrafigura para el amor espúreo. ¿Comprendes? ¡Por eso me estimaba tanto! Teníamos igual figura; aprendí á imitarle á la perfección; me hizo trajes iguales á los suyos... Fué mi amo y mi modelo... Por eso cuando le ví muerto, me ocurrió esa

idea. Creí que así podría salir del palacio y escapar, pero no tuve tiempo, porque mientras febrilmente metamorfoseaba mi semblante, les oí preguntar á gritos por el príncipe, que ya era rey, y entonces, pasó algo por mí insensato, fantástico... Imagínate que vuelas al través del espacio y que de pronto tropiezas con una estrella... ¡un esfuerzo más y el astro es tuyo! Puedes coger un mundo con las manos... ¡hice el esfuerzo y el mundo fué mío! ¡Soy rey! Pero de veras, no fingido como en nuestras farsas... Por mi odio vencí al Príncipe y con la fuerza de mi arte le he heredado... ¡La careta es mi cara verdadera, y cuando me lancé frenético en las llanuras de Aliscamp derrotando al enemigo y oí los gritos de victoria de mis soldados, sentí el orgullo que nos produce los aplausos del público, pero mayor, mucho más grande!...

CAS. ¡Hermoso papel!

ARL. ¡Yo!, el perro tratado á puntapiés que aun debe lamer la mano que le cruza á latigazos, soy ahora el amo de todo un pueblo... A mi voz acuden los soldados; una palabra mía decreta la vida y la muerte... Tengo en mis manos el porvenir de un reino...

CAS. ¡Famosa impostura!

ARL. ¿Impostura?... ¿Verdad? La verdad es la vida, la fuerza, la alegría de vivir... La vida es un vino abrasador y bebo la vida á grandes tragos.

CAS. ¿Y esperas á la Reina para recibir la bendición de la madre del...?

ARL. ¡Eso no! Le diré quién soy.

CAS. Te pierdes...

ARL. Tanto peor... ó tanto mejor. Ya ves, me faltaba poder hablar con el corazón, estrechar una mano leal... Ahora estás á mi lado. ¡Adelante! ¡A escena! Siga la comedia ó el drama; pero esta vez, real, viviéndole... Créeme, nosotros los cómicos somos los únicos séres honestos y sinceros en esta gran farsa que se llama vida, pórque proclamamos

nuestro papel, enseñando antes la máscara. ¡Los demás son los impostores! .. El rey que late en mí no miente; es el verdadero rey... ¡Vamos! (Entran en el palacio)

ESCENA VI

LAURA, CANCILLER ALBERTO y ENZO, por el foro izquierda. Se abren de par en par las puertas de la Catedral. Durante esta escena y la siguiente comienzan á entrar soldados, magnates, damas, nobles, caballeros y burgueses de ambos sexos. Los soldados abren calle, y los magnates, los nobles, las damas y los caballeros se van agrupando según su rango y calidad

LAURA — Ya veis, padre, en todo os obedezco...

CANC. — La boda sera dentro de un año, pasado el luto de corte, y hasta entonces... ten paciencia, pueden pasar muchas cosas.

LAURA — ¿Creeis? .. ¿Qué pasará?

CANC. — No te importe. De todos modos reinarás.

LAURA — Hágase tu voluntad.

CANC. — Sólo me guía la salvación de la monarquía, y ¡ay! del que se interponga.

ESCENA VII

DICHOS, ARLEQUÍN en traje de ceremonia, que sale del palacio seguido de Pajes, Caballeros y Soldados

ARL. — Salve, mi bella prometida. (Laura se inclina profundamente, Arlequin la levanta con gracia, besándola la mano.)

LAURA — Besais mi mano por vez primera...

ARL. — Por primera vez os veo radiante de belleza. Los alquimistas hablan de una sustancia que transforma en oro todos los metales... Así son las mujeres, con su presencia transforman el corazón de los hombres.

ENZO — (Al Canciller.) Ved al príncipe... Ved á Laura... ¡Qué mudanza!

VOCES — ¡Viva la Reina!

ESCENA VIII

La REINA sale de la Catedral apoyándose en dos damas de honor. Un paje la sigue, llevando la corona real sobre un almohadón. Síguenla maceros, heraldos, caballeros y trompeteros reales

CANC. (A Arlequín.) Vuestra madre espera. (La Reina se sienta bajo el árbol del centro, el paje deja el almohadón y la corona en el banco. Todos se separan. Los soldados, que llevan picas, hacen filas, volviendo la espalda al centro, que queda totalmente despejado, para que nadie oiga lo que van á hablar la Reina y el príncipe. Arlequín atraviesa la escena pausadamente, dirigiéndose á la Reina. Al llegar se arrodilla. La Reina, extendiendo las manos, le busca, le encuentra y toca su cabeza.)

REINA Jenaro... (Retirando bruscamente las manos.) ¿Quién eres tú? No eres mi hijo...

ARL. No; no soy tu hijo.

REINA ¿Quién eres? ¿Dónde está mi hijo?

ARL. Muerto. Yo le maté... cara á cara.

REINA ¿Tú?... ¡Dios mío! ¿Me castigas oyendo mis maldiciones?

ARL. (Cogiéndola por el vestido.) ¡Escucha!... ¡Escúchame!

REINA ¡Suelta!... ¡Tus manos tienen sangre!

ARL. ¡Jenaro fué Caín! ¡Soy el instrumento ciego de la justicia divina! Sin mí, Jenaro sería el azote de tu patria.

REINA (Con monótona voz, como un murmullo.) Lo sé.

ARL. Si me rechazas me espera el hacha del verdugo... que merezco; pero entonces... Enzo, el idiota, reinará.

REINA (Como antes.) Lo sé.

ARL. Ante todo eres madre de tu pueblo... Su salvación está en tus manos.

REINA ¿Quién eres?

ARL. El hombre de la fuerza... Acepto la responsabilidad de cuanto hice. He roto el yugo de un déspota. Soy el vencedor de Aliscamp.

REINA Pero, ¿quién eres tú?

ARL. Soy... (Vacilando.) La Naturaleza me hizo tan semejante á Jenaro, que he engañado al gran Canciller...

REINA ¿Has engañado á Alberto?... Luego eres astuto... ¿Has vencido á los genoveses?... Luego eres valiente...

ARL. Todos nos contemplan. Decide pronto. Diles que soy un asesino y perezca yo desgarrado en la tortura ó calla y salva á la patria. ¡Reina, acuérdate de tu pueblo!... ¡Madre, acuérdate de tu hijo Juan!... Juro emplear todas mis fuerzas en arrancar las garras de los tigres.

REINA ¿Y si no lo consigues?

ARL. No seré rey.

REINA ¡Dios del cielo! ¡Un milagro!... ¡Si yo pudiera verte!... (Rumores.)

ARL. ¿Oyes? El pueblo se agita impaciente... Espera su libertad y su gloria... Decide... (Besando la orla del manto de la Reina.) y sea la que fuere tu decisión, gracias por haberme permitido arrodillarme ante tí... ¡Santa mujer, bendita seas!

REINA Cúmplase la voluntad de Dios que así lo dispuso. (Se levanta, coge la corona y la ciñe á Arlequín.)

CANC. (Blandiendo la espada) ¡La Reina corona al príncipe! ¡Viva el rey!

TODOS ¡Viva! (Toques de trompeta. Los heraldos avanzan á los cuatro puntos cardinales.)

HERALDOS ¡Viva el rey!

TODOS ¡Viva! (En el atrio de la Catedral aparece la clerecía. Senescales llevan el palio. La comitiva se organiza, dirigiéndose al templo. Precédenla todas las banderas y estandartes, que se agrupan al pie de las gradas de la Catedral. Organo y coro interno: «Te Deum laudamus, etcétera.»)

ARL. (Desde las gradas de la Catedral y ya bajo el palio.) ¡La fuerza es mi derecho! (A su paso ondean las banderas y se inclinan los estandartes.)

TODOS (Blandiendo al aire las espadas.) ¡Viva!

REINA (Cayendo desfallecida en brazos de sus damas.) ¡Señor, piedad! (Toque de trompetas. A lo lejos campanas tocando á gloria. Organo y coro dentro.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una cámara en el castillo. Al foro puerta grande que se abre sobre una galería. Al foro de ésta, otra puerta. A la izquierda ventanal sobre el mar. A la derecha puerta pequeña. A la izquierda gran mesa cubierta de pergaminos, escritorio, etcétera. Mobiliario suntuoso.

ESCENA PRIMERA

ARLEQUÍN, CANCILLER ALBERTO, CAMPESINOS 1.°, 2.° y 3.°, y acompañamiento de Campesinos. En la galería Soldados. Arlequín sentado ante la mesa. Alberto en pie á su lado, los Campesinos arrodillados respetuosamente

ARL. Levantaos... ¿Qué queréis? Hablad sin temor. El rey os escucha benévolo ..

CAM 1.° Señor; nuestra situación es angustiosa. La caballería asoló las tierras de labor el día de la batalla y lo hemos perdido todo.

CAM. 2.° Ardieron todas las casas del lugar...

CAM. 3.° Degollaron el ganado.

CAM. 1.° } CAM. 3.° } ¡Tenemos hambre!

CAM. 1.° ¡Amparadnos, señor!

CAM. 2.° ¡Piedad!

CAM. 3.° ¡No tenemos ni maíz para los pobrecitos niños!...

CAM. 1.° Hemos rogado á Dios y en vos esperamos... ¡Salvadnos, señor!

ALR. Vuestro dolor me conmueve y no se dirá

que habéis suplicado al rey en vano. (A Alberto.) Que se les socorra con abundancia. Dadles dinero.

CANC. No tenemos.

ARL. Quiero darles dinero, ¿no me habéis oído?

CANC. Sí, señor; he oído. Vos sois quien no me oye. No tenemos dinero.

ARL. ¿Acaso no he ratificado los impuestos que me habéis propuesto sobre los alimentos, sobre la sal, sobre las bebidas, sobre las tierras... sobre todas las cosas?.. ¿En dónde está el dinero de mis súbditos?

CANC. Necesitamos barcos; vuestra guardia real necesita corazas de oro y se va á construir el palacio nuevo.

ARL. Contraorden. Que no hagan las corazas. No quiero más palacios.

CANC. Un rey no se contradice nunca. ¿Habéis visto alguna vez cosa semejante en vuestros largos viajes? Equivaldría á decir: «Me he equivocado...» y el rey no se equivoca jamás. Necesitais un alcazar como Dios un templo. Dios ha de menester las pompas del Papa y vos el lujo de vuestros cortesanos, porque la nobleza es el verdadero sostén del trono.

ARL. (Designando el grupo de Campesinos que, temerosos, se han retirado á un ángulo.) Mi verdadero sostén, helo ahí... el pueblo... y ya lo véis, tiembla y huye... ¿qué debo hacer con los indigentes, con los humildes, con los pobres de espíritu?

CANC. Tratarlos como merecen... ¡Ea! ¿No véis que entristecéis á su majestad?... ¡Hola! ¡Guardias! ¡Fuera esa gentuza!...

CAM. 1.º Así se compadece el rey de nosotros.

CANC. (A los Guardias.) Ese hombre, preso.

CAM. 1.º ¿Qué he hecho yo?

CANC. Los descontentos son rebeldes y tú los representas. Quien habla en nombre de la rebelión merece la muerte...

ARL. (Sin ocultar su cólera.) ¡Basta! (A los Guardias.) ¡Dejad á ese hombre libre, despejad! (Salen los Campesinos y los Guardias. Pausa.)

ESCENA II

ARLEQUÍN y el CANCILLER ALBERTO. Alberto, viendo la cólera manifiesta del rey, procura suavizar su voz y sus ademanes, pero sin quitar entereza ni ironía á sus afirmaciones

CANC. Ilustre y querido sobrino.. moderad otra vez vuestros caprichos y aprended para siempre á respetar mejor la seguridad del Estado, que está por encima de la voluntad del rey.

ARL. Mi pueblo quería hablarme.

CANC. Ese es el populacho. Daré órdenes para que no se entre impunemente en el palacio real.

ARL. ¿No formo parte de mi pueblo?... Soy la cabeza; ellos el corazón que gime y llora; yo debo ser el cerebro que piense para ahorrar sus dolores.

CANC. Así hablaría un revoltoso, no un rey por la gracia de Dios. Para dirigir un pueblo hay que aprender antes á despreciarle... Aquí hay una sentencia de muerte... otra; el tratado de paz con Génova.

ARL. No, no firmo nada sin estudiarlo antes.

CANC. Todo está estudiado ya por los cancilleres.

ARL. Quiero ver los procesos... Hablar con los embajadores de Génova

CANC. Ya he hablado yo con ellos; todo se ha discutido detenidamente. En cuanto á los procesos, vuestros jueces los han instruído...

ARL. ¿Mis jueces?...

CANC. Los que habéis nombrado para administrar justicia en nombre del rey.

ARL. ¿Que he nombrado yo?... No he hecho más que firmar los privilegios y cartas reales que vos me presentásteis..

CANC. No os preocupéis, señor, de esas futilidades.

ARL. ¿Entonces, cómo ejerzo el poder?

CANC. Como un soberano. Vuestra voluntad es la ley.

ARL. ¿Mi voluntad?... Disponéis de ella.

CANC. Está en buenas manos.

ARL. ¿Soy ó no soy el rey?

CANC. ¡Señor!... Vos llevais la corona; yo, la espada del Imperio, la vuestra... Firmad.

ARL. ¡No!

CANC. ¡Señor!

ARL. No firmaré sin hablar antes con los embajadores. Soy el vencedor de Aliscamp y quiero recoger los frutos de mi victoria.

CANC. ¿Vos... el vencedor? ¿y el ejército? Decid en ese caso que fué el penacho blanco de vuestro casco quien puso en fuga al enemigo. ¿Será preciso que os diga la verdad? No fuistéis vos, fueron los soldados, vuestros generales, quien ganó la batalla. Si vos no hubiéseis llegado á tiempo, mi penacho de plumas negras ú otro cualquiera de plumas verdes, hubiera destacado por encima de las oriflamas y de las banderas... Sois admirable ginete, ¿y por eso creéis que caracoleando en vuestro caballo habéis ganado una batalla?... ¿Qué hubiera sido de nosotros sin la poderosa organización del ejército, sin la pericia de sus capitanes?... Entre nosotros, ¿á qué mentir?

ARL. (Profundamente contrariado.) ¿Así pues, soy un juguete en vuestras manos?

CANC. En las del destino de la monarquía. Sin mí, sin vuestros cancilleres que gobiernan, que vigilan, que ordenan, que administran, habríais sido ya asesinado, arrojado del trono, ¡quién sabe! ¡Ea! Firmad esas dos sentencias de muerte. Desde mañana tendréis dos razones más para dormir tranquilo.

ARL. (Con desesperación.) ¡No soy nada! ¡No soy nadie!

CANC. Sois el rey; el heredero de una monarquía tan fuerte y tan poderosa que si faltarais .. y Enzo, ú otro menor cualquiera subiera al trono, nada se alteraría... ¡quizá fuera mejor!... Porque quien reina no es el rey, ¡es la realeza! Sin embargo, debo declarar en elogio vuestro, que representáis admirablemente vuestro papel...

ARL. ¿Mi papel? ¡Como un comediante!...

CANC. Tranquilizaos, señor... Volveré por esas firmas y no olvidéis que hoy ofrecéis un banquete á la nobleza. (Saluda con profunda reverencia irónica y sale.)

ESCENA III

ARLEQUÍN. Después CASANDRO

ARL. ¡Un cómico! (Ríe á carcajadas.) ¡Y ahora me parece una injuria mi verdadero título!.. ¡Casandro!

CAS. (Entrando y dirigiéndose rápido á su encuentro.) ¡Señor!

ARL. Oye: dicen que represento bien mi papel y yo creo que lo hago muy mal... Voy á enseñarte el secreto del teatro... Es preciso que el pueblo no olvide que hay un actor en escena, hay que hacerle creer que sobre las tablas, anda, habla y se agita un avaro, un pródigo, un bandido ó un rey, y para eso no basta saberse de memoria el papel; hay que poner algo de sí mismo, penetrar hasta el fondo del personaje, vivirlo... Quien no sienta la audacia del bandido, la fe del sacerdote ó el valor de un soldado para que los espectadores, olvidando el artificio, se dejen arrebatar por la belleza de la verdad, jamás podrá representar ni un bandido ni un sacerdote, ni un soldado... por eso el cómico, por la multiplicidad de sus papeles, tiene que ser un hombre complejo. Es preciso que conozca mejor que nadie su propia naturaleza y el estado de su alma... Pues bien, Casandro, no me siento rey... no siento mi papel...

CAS. ¿Te has descubierto?

ARL. No, no he olvidado ni una línea. Gestos, actitudes, todo va bien, pero me falta el soplo del arte, el perfume artístico. La realeza es también un arte, acaso el más bello y el más

fascinador, porque el pueblo es la materia inerte de donde un rey ha de extraer su obra. Quien no sea artista creador en ese género... teatral, no debe ceñir la corona; será lo que yo, un muñeco, un autómata, un polichinela. .

CAS. Se han disipado tus entusiasmos.

ARL. Como el humo. Ser un rey como Enzo, como Jenaro, podría serlo, pero eso es una vulgaridad y lo que bastaría para un Arlequín no debe ser suficiente para un rey... Si yo lo fuese de veras, Alberto no osaría hablarme así, pero no encuentro la frase, la réplica precisa para cerrar su boca. Sin duda no la hay en mi papel. He concluído.

CAS. Habías empezado tan bien...

ARL. ¿Bien? Con una mentira y una bajeza. Cuando me arrodillé ante la reina y me preguntó quién era yo, quise decir mi nombre y repuse: el vencedor de Aliscamp... la palabra espiró en mis labios porque me avergonzaba mi papel... Prometí libertar al país y fuí perjuro porque no tengo valor para cumplir mi juramento. Quise ser rey y sigo siendo el príncipe Jenaro, el mismo á quien despreciaba...

CAS. No puedo consolarte... Además, ¿aceptarías mis consuelos?

ARL. No, pero sí tus consejos. . ¿Qué se hace cuando no se puede cumplir un propósito?

CAS. Renunciar lealmente.

ARL. Renunciar... ¿Abdicar? ¿Vagabundear otra vez por los caminos polvorientos, divirtiendo á la canalla, engañando á Casandro con Colombina y abofeteando á Scapino para que el público nos arroje unas cuantas monedas grasientas... ó buscar otro amo que me coloque entre sus perros sabios y sus monos amaestrados? No, Casandro, ya no quiero servir á nadie.

CAS. Todos servimos á alguien. El soldado al capitán, éste al rey, y el rey al pueblo. No lo olvides, mandar es obedecer.

ARL. ¡Pues yo quiero ser libre, libre!

CAS. Nadie es libre, Arlequín. La más noble cualidad del hombre es la fidelidad. Y la fidelidad, ¿qué es? Un servicio infatigable y perpetuo. No se me ocurre otra cosa, no soy más que un pobre histrión que siempre te ha sido fiel.

ARL. (Abrazándole.) Lo sé, amigo mío, lo sé.

CAS. Nadie es libre. Unos vemos al amo, otros no. Los amos invisibles son los peores porque no se les puede adular ni enternecer, ni pedir perdón.

ARL. Y, sin embargo, todos amamos la libertad

CAS. Sin darnos cuenta de que perseguimos una ilusión.

ARL. Sea; pero quiero ser libre en cuerpo y alma. Me conozco bien y quiero conocer á los demás. En esta enorme escala de desengaños quiero saborear el último; quiero tantear la constancia del corazón humano.

CAS ¿Qué vas á hacer?

ARL. Romper todos los ídolos ó lograr mi felicidad. No me preguntes. Déjame sólo y dile á Colombina que el rey la espera. (Casandro vacila, pero un gesto de Arlequín le decide, y sale.)

ESCENA IV

ARLEQUÍN. Después COLOMBINA

ARL. (Pausa.) Si esta prueba fracasa también, ¿qué me resta? La libertad de la muerte... el descanso eterno. ¡Qué tranquilo está el mar! (Asomándose á la ventana permanece absorto. Colombina entra sin ser vista; en sus ojos relampaguea el odio.)

COL. ¿Me llamábais, señor?

ARL. ¡Ah! Si... Colombina, ¿eres tú? (Enternecido) Hace tiempo que no te veo... (Dominándose) Me huyes porque maté á tu amante.

COL Arlequín no fué mi amante.

ARL. Pero él te amaba.. (Pausa.) Has sido prudente y por eso quiero recompensarte. ¿Qué deseas? Dilo.

COL. No deseo nada.

ARL. ¿Nada? En Venecia te regalé cadenas de oro, perlas, turquesas...

COL. Os engañáis, señor; jamás he recibido nada vuestro.

ARL. ¿Ni siquiera un beso?...

COL. No señor, jamás: y ya sabéis que un solo día en que á la fuerza... pretendíais...

ARL. Sí, á la fuerza...

COL. Perdonadme que lo recuerde.. os rechacé con tal violencia que caísteis.. (Arlequín no puede contener un movimiento de alegría) Perdonadme... fuí una necia.

ARL. (Con amargura.) ¿Lo comprendes ahora?

COL. Sí señor.

ARL. De modo que si... se me ocurriese otra vez...

COL. Soy vuestra humilde servidora, señor.

ARL. Veamos... cambiemos de papel; supongamos que tienes sobre mí, poder sin límites, que soy tu esclavo... ¿qué harías?... ¿Podría... besar tus manos?

COL. (Con sorda voz y con violencia.) Sí.

ARL. Podría estrecharte sobre mi corazón. ¡Oh!... ven... ven conmigo... (Colombina permanece agarrada á la mesa: cierra sus ojos; las fuerzas la abandonan.) ¡Oh! ¡qué bien has hecho en rehusarte á Arlequín!... ¡Le debo una hora divina!...

COL. (Aparte. Desfalleciendo.) Sí.. por él tan sólo... por vengarle...

ARL. Ven...

COL. No... esta noche.

ARL. ¡Noche radiante!..

COL. Tu sierva, te esperará sumisa... Rey Jenaro... (Sale corriendo.)

ESCENA V

ARLEQUÍN, solo; después un UGIER

ARL. ¡Otra victoria así y me arranco el corazón!... ¡Regocíjate, Arlequín!... ¡Colombina es tuya! Lo que no conseguiste con tantos años de cariño que te llevó hasta el crimen, lógralo ahora el rey en un instante... ¿Qué no haría

ella por ser tu querida?... ¡La querida del rey!... ¿Estás satisfecho? (Se deja caer llorando en el sitial.)

UGIER (Desde la puerta.) ¡Señor!

ARL. ¿Quién? ¿Qué pasa?

UGIER Los Nobles aguardan á vuestra majestad.

ARL. ¿Los Nobles? ¿Que me esperan? ¡Ah! Sí; el gran banquete (El Ugier abre las puertas del foro.) ¡Arlequín! ¡Vamos! ¡A escena! (Sale; las puertas se cierran tras él.)

VOCES (Dentro.) ¡Viva el rey!

ESCENA VI

COLOMBINA y SCAPINO, por la galería

COL. Toma; (Dándole una bolsa.) ahí tienes cuanto poseo... En el puerto, la tercer barca; el patrón se llama Antonio. Dile que espere toda la noche, hasta el alba...

SCAP. Pero...

COL. Si consigo mi anhelo, huiré con vosotros, si éste me falta... (Mostrando un puñal.) no me aguardéis.

SCAP. ¿Quién te dió ese puñal?...

COL. Es de teatro... Un hierro cualquiera... pero le he aguzado yo misma.

ESCENA VII

DICHOS y EL CANCILLER ALBERTO; después, ENZO. El Canciller Alberto, sin ser visto, ha escuchado el anterior diálogo. A las últimas palabras adelanta. Al verle Colombina y Scapino huyen cada uno por su lado

CANC. (Deteniendo á Colombina.) ¡Eh! ¡tú! chiquilla.. ven aquí. ¿Qué vas á hacer con ese puñal? No es juguete apropósito para una niña.

COL Yo no soy una niña...

CANC. ¿Tendrás valor para decirme lo que intentas cuando el rey vaya esta noche al camarín de su querida?

COL. Yo no soy la querida del rey, ni...

CANC. Tu virtud me importa poco... Es una suerte que yo solo te haya oído. Todo en este mundo es maravilloso. Tú y yo tenemos el mismo plan. Puedes ser instrumento precioso; pero, ¿podrás?... Finísima cota de acero cubre su cuerpo... (Avanzando, en voz muy baja y sin soltarla de la mano.) Cuando Jenaro entre en tu cuarto, ten cuidado de correr el tapiz de la ventana... esa será para mí la señal... Al cabo de una hora entraré yo... Si puedes entregarme un cadáver... mejor... Si no... será cuenta mía lo demás. En cuanto á tí y á tus compañeros, podréis partir sin temor, pero antes de salir el sol habréis de estar muy lejos de aquí. Toma. (Dándola un bolsillo.)

COL. (Rechazándolo.) ¿Por quien me tomáis?

CANC. (Riendo.) ¿Te ofende el oro? Es para pagar el odio, no el amor.

COL. Comprad á un asesino

CANC. ¿Rehusas? Tanto mejor; así me inspiras mayor confianza... pero acuérdate que sólo cuentas con mi protección hasta el amanecer... (Colombina sale, y Enzo entra por el lado opuesto.)

VOZ (Dentro.) ¡Viva el rey!

CANC (A Enzo acariciándole.) Acostúmbrate á esos gritos, hijo mío, mañana serán para tí. (Atraviesan la escena y salen.)

ESCENA VIII

LAURA y ARLEQUÍN. Laura sale corriendo por la puerta del foro detrás Arlequín que la detiene

ARL. No te escaparás... ¿por qué no has querido beber en mi copa á mi salud?

LAURA Un capricho.

ARL. Mientes... Te he visto en el espejo envenenando mi vino... ¡Confiesa!

LAURA (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón!

ARL. ¿Por qué quieres mi muerte?

LAURA (Levantándose.) ¡Porque os odio!

ARL. Entonces, ¿por qué me devolviste el beso que te dí al entrar en el salón?

LAURA Para saborear el placer de besar á un hombre aborrecido.

ARL. ¡Que refinamiento!... ¡Bah! La audacia de tu confesión me place.

LAURA (Con abandono voluptuoso.) Haced de mí lo que querais. . soy vuestra.

ARL. ¿Tú también? ¡Es delicioso reinar! (Pausa.) Me das asco. (Pausa.) Vete. Quiero pensar tu castigo... y acaso sea esa la mejor sentencia. Tal vez me decida hoy, quizás mañana... dentro de diez días... ¡quién sabe! Hasta entonces espera... Pero si hablas, si me haces traición, te juro que antes de ahorcarte, tu hermoso cuerpo será para el verdugo... Vete .. ¡Vete! (Sale Laura.)

ESCENA IX

ARLEQUÍN y CASANDRO

ARL. (Abriendo bruscamente la puertecilla de la derecha.) ¡Casandro! (Entra éste.) ¡Mi realeza es la túnica de Neso!... Mi prometida quiere envenenarme; Alberto, estoy seguro, trama contra mí sangrienta emboscada... ¡Estoy rodeado de asesinos y de traidores! Pero todo me importaría poco si yo fuese hombre capaz de seguir desempeñando este papel... Tenías razón, Casandro.

CAS. ¿Qué vas á hacer?

ARL. ¡Reirme de los que quieren reir de mí, y creéme, mi risa vale una corona! ¿Acaso la verdad no vale más? ¡Veréis qué artista! Representaré los reyes de tal modo que se ericen los cabellos del espectador ó que tenga que sujetarse el vientre para no reventar de risa... Reproduciré tan bien á los ministros y á los cancilleres que, después de verme, las gentes se avergonzarían de serlo... Os describiré el aspecto interior de la corte... ¡Pouah! Una reunión de cadáveres. . Gran-

des nombres del pasado podrido... ¡Vuelvo á la luz! Y cuando demos la comedia del amor, representaré el enamorado, escarnecido y burlado, con tal perfección, que os extremeceréis de horror... ¡El amante burlado! ¡Oh! ¡no!... ¡Quiero hacer comedias para arrancar de mi alma este sufrimiento, para curar con el arte el dolor que me devora!...

CAS. ¡Arlequín!

ARL ¡Bah! Huiremos juntos.

CAS. ¿A dónde?

ARL. Al fin del mundo... ¡Donde no haya reyes! No quiero hablar en voz baja... no quiero callar; quiero gritar, quiero vivir... pero mañana. Esta noche quiero ser todavía rey. ¡Mañana libre! Arlequín otra vez; el papel del loco que dice las verdades! (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La cámara de Colombina. Pequeña y estrecha. Al fondo izquierda, una alcoba. En el foro una puerta. A la derecha, ventana con vidrios de colores y un tapiz. Una mesa con candelabros y un diván.

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA sola. Después LAURA. Antes de levantarse el telón la campana grande del castillo toca la media noche, cuyos últimos tañidos sonarán cuando ya esté levantado

COL. — Media noche... Ya habrá terminado la fiesta... Nada se oye... Sí, los latidos de mi corazón... Arlequín... ¡Arlequín de mi alma!... ¡Luz! (Enciende con uno todos los cirios del candelabro.) Quiero verle bien, ver como se crispa su maldito cuerpo con las agonías de la muerte. (Laura entra por una puerta secreta á la izquierda primer término.)

COL. — ¡La princesa! .. ¿Vos aquí?

LAURA — ¿No me esperabas? Aguardas á otra persona, ¿no es cierto? Tenemos tiempo de hablar; el rey está aun con mi padre... No disimules. Sé lo que va á pasar aquí y por eso vengo.

COL. — ¿Y qué os importa?

LAURA — Más que á tí, para quien el rey sólo puede

ser un amante... mientras que yo soy su prometida.

COL ¿Qué queréis?

LAURA Siéntate aquí, junto á mí... Vengo... á esperarle en lugar tuyo.

COL ¿Vos?

LAURA Sí; le odio como tú, más que tú. Por eso no debes vacilar. Por eso quiero transportarle al cielo de la dicha, oirle murmurar palabras de pasión, y entonces hundir el puñal en su garganta... Toma, ten mis perlas, mis collares, mis sortijas por el trueque.

COL ¡Bah!

LAURA Déjame; ¿qué te importa? ¿Acaso te atraen sus caricias?

COL. (*Sombría.*) Le mataré antes.

LAURA ¿Solo quieres su muerte? Pues yo te aseguro que morirá. Apagaré las luces y hasta su último suspiro seguirá creyendo en los besos de Colombina.

COL. Ni aun así quiero rebajarme hasta sus labios. Si me ofreciéseis la bienaventuranza eterna, rehusaría lo mismo. No vendería esta noche ni por la salvación de mi alma de romana. Además, no quiero matarle entre tinieblas, quiero que me vea antes, que sepa que le mato para vengar al pobre muerto á quien adoro. (*Pausa.*)

LAURA El tiempo vuela... por última vez... Pide en cambio lo que quieras.

COL. Solo quiero venganza.

LAURA Piensa que soy...

COL. Una mujer que quiere sustituirme... Alguien viene... Idos.

LAURA ¡Mañana pediré á mi padre tu cabeza!

COL. Mañana haced de mí lo que querais... Ya podré morir tranquila. (*Laura desaparece por la puerta secreta. Se oye cerrar con cerrojos al otro lado.*)

ESCENA II

COLOMBINA, en seguida ARLEQUÍN

COL. Ya viene... Nadie puede salvarle. (Permanece inmóvil al lado de la ventana con la mano en el tapiz. Arlequín, envuelto en un manto, aparece en el dintel. En cuanto cierra la puerta tras sí, Colombina corre el tapiz y con la actitud del más profundo respeto se inclina y dice:) Gracias, señor, por haber venido.

ARL. Esperabas á un rey... Siento desengañarte. (Con brusco movimiento arroja el manto y aparece con su traje rojo azul, amarillo y verde de Arlequín; se quita la peluca y la tira lejos de sí.) No soy más que un Arlequín.

COL. ¡Arlequín! ¡Dios mío! Pobre sombra atormentada, ¿qué me pides? ¿Venganza? ¡fantasma adorado!

ARL. No soy un fantasma.

COL. Arlequín murió... yo lo ví...

ARL. No; Arlequín mató al príncipe.

COL. ¿Qué?

ARL. Desde el instante en que maté á aquel malvado, no he hecho más que representar un papel, el más importante de toda mi vida, un papel cómico. Imagínate, estaba sobre un trono verdadero, ceñía mi frente diadema de oro, y, como no dejaba al pueblo tiempo para reflexionar, aturdiéndole, embriagándole con banquetes, procesiones, autos de fe, fuegos artificiales y otra porción de fiestas tan divertidas, nadie puso en duda que yo fuera un rey de veras. Ahí tienes (Dando con el pie al manto.) lo que queda del rey...

COL. ¿Arlequín? ¡Arlequín!

ARL. Arlequín.

COL. Y entonces, ¿por qué me has dejado sufrir tanto? Un gesto, una mirada tuya hubiera sido suficiente para borrar mis angustias.

ARL. Alto ahí, hija mía; ya no soy el rey; no prodigues inútilmente tus coqueterías... Soy

el pobre Arlequín, que sabe que eres hipócrita, falsa, venal, y sólo para decírtelo cara á cara, antes de partir, he venido hasta aquí.

COL. ¡Yo!

ARL. ¡Tú!... El amor que rehusabas al miserable histrión era para el príncipe todo poderoso.

COL. ¡Oh! Escúchame.. desgraciado... Sólo á tí quise en este mundo.

ARL. (Con frialdad.) Ya lo he visto.

COL. ¡Te amo!... En el terrible instante en que te creí muerto...

ARL. ¡Que rapidez de imaginación para mentir!... No sigas, caíste en el lazo que te tendí.

COL. ¡Qué ciego eres! Te amaba antes...

ARL. No te creo.

COL. ¡Te lo juro!

ARL. Juramento de mujer que tiene miedo...

COL. ¿Creerás en este puñal?....¿Sabes para qué lo guardaba? El rey no hubiera salido vivo... En vez de las delicias del primer beso, le acechaban aquí las angustias de la agonía... y al matar á tu asesino hubiese yo saboreado la única voluptuosidad de mi vida entera..

ARL. Colombina... Colombina.. ¡Sí! ¡te creo! ¡Quiero creerte! Manantial de agua pura en el desierto de mis amargas dudas.

COL. (Desfalleciendo y dejándose caer sobre el diván.) ¡Alma de mi alma!

ARL. (Sentándose á su lado.) Vuelve en tí... La vida y el amor nos llaman; la libertad nos espera.

COL. ¿Quién podrá arrancarte de mis brazos?

ARL. Nadie... (Pausa.)

COL. (Reclinando su cabeza en el pecho de Arlequín.) ¿Y cómo has podido engañarlos á todos?...

ARL. Representando mi papel como el papel lo exige, siendo popular y temido. Me aclamaban al pasar, cerrando el puño amenazador cuando volvía las espaldas. Como rey tenía que oprimir á mi pueblo, y cuando me pedía pan, llenarle la boca con tierra de sepultura... Pero todo eso es horrible, repugnante, y yo no gusto de representar los papeles que no siento. Cómico sincero, si no

me agrada un papel lo devuelvo... Por eso abdico. Me place gritar hasta que me oigan los sordos, y no quiero vivir encerrado en un alcázar, cuando me gusta tanto romper á pedradas los vidrios de las ventanas de los palacios.

COL. ¡Todo eso me parece un sueño!... ¿y qué vamos á hacer?

ARL. ¿Y tú me lo preguntas? Te estrecho entre mis brazos, he recobrado mi libertad, tenemos abiertos todos los caminos del mundo y podemos reirnos de todo... Quiero enseñar la risa que derriba los tronos y redime los pueblos... La risa que rompe todas las cadenas.. ¡Pueblos, aprended á reir de nuestros reyes y os desembarazaréis de ellos!... ¡Tened valor para reir á carcajadas de tan grotescos espantajos y seréis libres!... Al amanecer nos iremos de aquí haciendo una gran morisqueta á todos los grandes de este reino.

COL. Ahora es cuando tú eres el rey y yo la reina. Nuestro imperio es el amor...

ARL. Sin límites y sin fronteras; donde hay siempre algo mejor que lo mejor; donde parece que se ciega y se ve más; donde cuando se cree morir empieza la vida. (La atrae hacia sí. Suena una campanada. Colombina se pone en pie con grandes muestras de terror.)

COL. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Estamos perdidos!

ARL. ¿Qué dices?

COL. ¡Arlequín! ¡por mi culpa!...

ARL. ¿Qué?

COL. Has caído en una trampa horrible... ¡Tú, no, el rey!... Quise asegurar mi venganza y no saldrás vivo... ¡Todas las puertas están tomadas.. ¡Y yo misma te he traído hasta aquí! Yo misma he dado la señal de que tú entrabas..

ARL. ¡Colombina! Cogido... ¿yo?... ¡no es posible! ¡Ah, una ventana! (Corre á ella, la abre, mira y retrocede.) Da sobre el patio del castillo... Está lleno de gente... los nobles, los soldados que aguardan mi cabeza.

COL. ¡Aquí! ¡una puerta!.. (Golpeando.) ¡Inútil!

ARL. (Forcejeando á su vez.) ¡Está cerrada! Perdido sin remedio... ¡Morir cuando tú me amas!

COL. ¡Perdón! .. ¡Perdóname!

ARL. ¿Perdonarte? ¿De qué, ángel mío? Perdonarte por haber querido vengarme, por haber querido matar á Jenaro?... (Irguiéndose inspirado por una idea.) Pero si Jenaro ha muerto... ¿que más pueden pedir? ¡Sí... eso... eso es! Ven, Colombina, salgamos, y si el infierno nos aguarda fuera, yo sabré abrir paso (Marcha resuelto á la puerta y la abre. En pie, armado de pies á cabeza, aparece Alberto.)

ESCENA III

DICHOS y el CANCILLER ALBERTO. Alberto avanza tres pasos, pero se detiene estupefacto al ver á Arlequín que se inclina con saludos mitad grotescos mitad profundos

CANC. ¿Quién es ese hombre?

ARL. (Vivamente sin dejar á Colombina tiempo para contestar.) Nadie... Una sombra... Entré y salgo. Sentiría molestaros, noble señor. No hagais caso de mí.

CANC. ¿Por dónde entraste?

ARL. No lo sé; creo que por la puerta: entrada peligrosa, sobre todo cuando detrás de ella hay tales gentes armadas como vos.

CANC. ¿Quieres responder... payaso?

ARL. (Con un dedo sobre los labios.) ¡Chist! No os enojeis. Llego; me dicen que van á matar un rey.— Bueno—contesto; ofrezco mis servicios y Colombina los acepta—porque debo deciros, monseñor, que la pobre niña temblaba y no sabía cómo cumplir su misión...

CANC. Concluyamos. ¿Dónde está el rey?

ARL. El rey Jenaro entró en este aposento, pero ya no está. (Dando con el pie al manto.) Ved todo lo que queda de él. Quise darle una estocada, pero bastó con un capirotazo; cayó en

tierra como vejiga sin aire, desapareció el rey como burbuja de jabón que estalla.

CANC. (Furioso.) Por última vez, contesta, ¿quién eres tú? ¿dónde está el rey?

ARL. Pues bien, monseñor, el rey estaba enamorado de esta gentil doncella; pudo tomarla acaso sin provocar la cólera de un celoso como yo, con serenatas bajo su ventana, con miradas incendiarias, con regalos de valor, con cartas deslizadas entre ramos de flores...

CANC. Acabarás, ¡vive Dios!

ARL. Calma, monseñor, continúo: Como era rey creyó que podría apoderarse de ella impunemente en mis propias barbas; sabía que yo soy quisquilloso y gustaba de atormentarme.. hasta que al fin, de un revés ¡pan! le aplasté como á un mosquito.

CANC. ¿Le has asesinado?

ARL. ¡Perdonad! ¡Le aplasté! La sangre derramada mancha y me repugna.

CANC. ¡Miserable!... ¿Y después?

ARL. ¿Después?... ¡Reiné! Vos mismo os habéis dignado proclamarme. Pero poco á poco me fuí asqueando, hasta que hoy, mi querido é ilustre tío, tengo el honor de anunciaros mi abdicación.

CANC. (Con desprecio.) Eres un comediante.

ARL. Sí, pero ¡qué comediante!... Vos mismo le habéis elogiado y vuestro testimonio me envanece... Recordad vuestras propias palabras: «Señor, representais admirablemente vuestro papel.»

CANC. Y como ya has acabado es preciso que desaparezcas.

ARL. Es imposible que hableis en serio. ¿Queréis causar una pérdida irreparable para el arte? Pensad que no hay en el mundo un segundo Arlequín... Fácilmente encontraréis reyes—como os he oído afirmar más de una vez—pero con dificultad otro Arlequín, suponiendo que hubiéseis descubierto el primero.

CANC. (Sacando la espada.) ¡Basta de burlas!

COL. (*Arrojándose á sus pies.*) ¡Por piedad!

ARL. (*Que poco á poco se ha ido acercando á la ventana.*) ¡No quiero misericordia! ¿Queréis matarme? Sea, mas antes de morir hablaré á mi pueblo.

CANC. ¿A tu pueblo?

ARL. Sí, á todos los que ocupan ese patio y levantan sus miradas hasta esta ventana. A los grandes del reino, á los nobles, á los soldados, al pueblo que rodea el castillo.

CANC. (*Con ironía.*) ¿Y qué les dirás, bufón?

ARL. Les diré que soy Arlequín, un danzante, un payaso... y que ¡he sido su rey!... ¡Que he podido reinar aquí! Les diré que vos, el sabio, el astuto, el prudente, caísteis en mis redes proclamándome y besando las manos de mi majestad equívoca... Les diré que el sublime pensamiento real de que siempre estáis hablando, lo habéis envilecido, elevando á un charlatán de feria como yo, sobre las gradas del trono.

CANC. (*Agotada su paciencia y levantando la espada.*) ¡Muere!

ARL. ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Matadme, matad á Arlequin, rey por la gracia de Dios! Pero tened cuidado. Mas que al vivo es de temer al muerto... Mañana toda Italia sabrá la verdad... Casandro y Scapino la proclamarán á gritos—son dos valientes camaradas que cumplirán su deber y que hace ya rato salieron del castillo —y entonces, estallará una carcajada inextinguible, loca, creciente como las mareas, tal y tan abrumadora, que el trono caerá hecho pedazos... Por el contrario, dejadnos salir... nadie sabrá nada. A rey muerto rey puesto, y os empeño mi palabra de no volver jamás por estos reinos.

CANC. Mas...

ARL. No admito vacilaciones, mi muy querido é ilustre tío, domino la situación y me impongo, más y mejor que cuando fuí rey, porque entonces éramos iguales, y ahora temblais ante mí. Terminemos. Me dais lástima. Matadme ó dejadme en paz.

CANC. (*Después de una pausa.*) Sois libres. (*Abre la puerta*

del foro y aparece un pelotón de soldados mandados por un capitán.) ¡Dejad el paso franco!

ARL. Ven, Colombina. Adiós, monseñor... ¡Adiós, mi hermoso reino!.. Desciendo de mi trono... qué digo desciendo; ¡subo á la libertad! (Salen Arlequín y Colombina.)

CANC. Tiene razón... El pueblo no debe saber jamás que un Arlequín fué su rey... que pudo reinar aquí.

TELON

NOTA

Para obtener los figurines de los trajes, planos de las decoraciones, y en general todos los datos necesarios para «poner en escena» *Arlequín rey,* deberán dirigirse los Directores de Compañías á Don Luis París en la Sociedad de Autores, Núñez de Balboa, 12. Madrid.

Los ejemplares de esta obra se hall
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulen
todo ejemplar que carezca del sello
la *Sociedad de Autores Españoles.*

Precio: TRES pesetas